



Capítulo 101

Aunque a Alon le daba vueltas la cabeza por las ocho amenazas de asesinato consecutivas de Deus, el mareo fue pasajero.

Para cuando Alon se abrió paso entre la multitud de mercenarios y aventureros para llegar al límite de la selva...

—¿Eh?

Al oír una voz familiar, Alon giró la cabeza.

«... ¿Conde... no, marqués Palatio?».

«¿Liyan Águilas?»

Allí estaba Liyan Águilas, la hija del líder de la Torre Roja.

«Cuánto tiempo, marqués. Por cierto, enhorabuena».

«Ha pasado mucho tiempo. Gracias por las felicitaciones».

Sonriendo cálidamente, Liyan desvió la mirada, solo para abrir los ojos con sorpresa.

«... ¿De verdad es quien creo que está detrás de ti?».



«Deus Macallian».

Al darse cuenta de que Liyan parecía conocer a Alon, Deus se presentó brevemente.

Liyan, dejando escapar un silencioso «guau» de admiración, miró a Deus de forma bastante peculiar antes de aclararse la garganta apresuradamente.

«Ejem... bueno, ¿qué los trae por aquí juntos?».

Alon percibió rápidamente las dos preguntas ocultas en su interrogatorio.

«Dado que procedemos de naciones diferentes, probablemente parezca extraño que viajemos juntos de esta manera».

Por no mencionar que la reputación de Deus le precedía.

«Nuestros objetivos son diferentes, pero nos acompañamos mutuamente para ocuparnos de nuestros asuntos en la jungla», explicó Alon.

«Ah, ya veo. Entonces, ¿solo son ustedes dos?».

«No, somos tres», corrigió Alon.

Ante eso, Liyan hizo una sugerencia.



«¿Te gustaría viajar con nosotros, entonces? Casualmente, también nos dirigimos a nuestro campamento».

«Mmm...».

A decir verdad, con Deus cerca, tanto si viajaban en trío como en un grupo más numeroso, la probabilidad de encontrarse con algún peligro parecía escasa.

Sin embargo, la posibilidad de perder el rumbo o enfrentarse a circunstancias imprevistas no era del todo descartable.

«No es mala idea».

Alon aceptó la propuesta.

Poco después, Liyan presentó a los miembros de su grupo a Alon.

El grupo estaba formado por quince magos, cinco mercenarios y un único guía.

Sin embargo, había algo inusual en su composición.

«... ¿No son todos de la Torre Roja?».

«Técnicamente, es una mezcla de personal de la Torre Verde y de la Torre Roja. Esta expedición es una colaboración conjunta entre ambas», explicó Liyan.

Cuando Alon asintió con la cabeza ante esta explicación...



«¿Qué es esto?».

Una voz ligeramente ronca sonó cerca.

Allí estaba un hombre sosteniendo un bastón tan alto como él, la encarnación de lo que Alon consideraba el estereotipo de un mago.

—Theon, ven a saludar a nuestros invitados —le dijo Liyan.

Aunque frunció el ceño, el hombre se acercó y echó un rápido vistazo a Alon, Evan y Deus antes de hablar.

«Preséntate. Viajarán con nosotros al campamento. Estos son el marqués Palatio y Deus Macallian».

«¿Qué?».

Los ojos de Theon se abrieron con sorpresa ante sus palabras, aunque solo por un momento.

«Saludos. Soy Theon, uno de los profesores de la Torre Verde. Tú debes de ser el famoso espadachín de Caliban y el marqués Palatio, ¿verdad?».

Rápidamente se recompuso y se inclinó cortésmente ante Deus y Alon.

«... Encantado de conocerlos».



«... Sí, igualmente».

Después de posar su mirada en Alon por un momento, Theon se dio la vuelta de repente y desapareció.

«Es bastante joven para ser profesor. Impresionante», comentó Evan, como si supiera cuál era la edad habitual a la que los magos obtenían el título de profesor.

Liyan asintió con la cabeza.

—Así es. La Torre Verde lo considera un talento excepcional. Aún no ha cumplido los veinticinco años, pero ya se está acercando al quinto rango.

«Vaya, ¿el quinto rango?».

«Sí», confirmó Liyan, lo que provocó otra ronda de asombro por parte de Evan.

Mientras tanto, Alon permaneció en silencio, con expresión neutra.

Después de un momento, murmuró en voz baja.

«... ¿Por qué siento que solo es frío conmigo?».

Aunque a Alon no solía importarle que alguien fuera brusco con él, era lo suficientemente extraño como para hacerle reflexionar.

El repentino cambio de actitud tras saber su nombre le resultó extraño.



«Ah...».

Liyan pareció darse cuenta de la situación y esbozó una sonrisa incómoda.

«Bueno, en realidad no es para tanto».

«¿No es gran cosa?».

«Bueno, eh...».

Liyan dudó brevemente antes de confirmar que Theon ya se había alejado bastante, y luego se inclinó para susurrar.

«¿Conoce esos rumores sobre usted, marqués?».

«¿Rumores?».

«Sí, los que circulan sobre Penia».

«Ah».

«La verdad es que a Theon le gusta Penia».

«¿Qué?».

Alon se volvió para mirar a Theon con auténtica sorpresa.



Penia era indudablemente hermosa, eso era innegable.

Pero el problema radicaba en su personalidad.

Alon sabía que tenía un temperamento tan destructivo que eclipsaba por completo su encanto físico.

«¿Le gusta Penia Crysinne? ¿Esa mujer insufrible?».

Desconcertado, Alon la interrogó con expresión incrédula.

«¿Estás diciendo que ese hombre siente algo por Penia?».

«Sí».

«Pero ¿por qué...? No, espera. ¿Es de mala educación preguntarlo?».

«En realidad, no. Sinceramente, yo tampoco lo entiendo», admitió Liyan, mirando hacia donde había desaparecido Theon.

«Sobre todo teniendo en cuenta que Theon fue humillado por ella en una ocasión».

La expresión de Liyan revelaba su propia incredulidad, pero rápidamente se encogió de hombros.



«De todos modos, parece que solo está actuando de forma un poco infantil por eso».

«... Está bien, lo entiendo», dijo Alon, decidiendo no insistir más en el tema.

Normalmente, habría reflexionado sobre por qué un hombre adulto se permitía esos celos tan mezquinos, pero su curiosidad por el peculiar comportamiento de Theon superaba con creces cualquier reflexión más profunda.

«... ¿Es masoquista?».

Justo cuando Alon llegó a esa conclusión...

—Marqués...

«No es necesario».

Deus, que había estado esperando el momento adecuado para hablar, fue inmediatamente interrumpido por Alon, quien respondió con decisión sin siquiera escuchar el resto.

«... Entendido».

Deus retiró a regañadientes la mano de la empuñadura de su espada, con una mirada de decepción en su rostro.

—Deus.



«¿Sí, marqués?».

«¿Ha tenido últimamente alucinaciones auditivas o pensamientos intrusivos?».

«... ¿En absoluto?», respondió Deus, con auténtica perplejidad.

A pesar de la negación, la inquietud de Alon no hizo más que aumentar.

Después de un tiempo, Alon y su grupo continuaron viajando con el grupo de Liyan hacia el campamento de exploración.

Gracias a su diligencia, llegaron justo antes del atardecer.

«Esto parece diferente», comentó Evan.

«¿De verdad?».

«Sí. Sinceramente, esperaba algo más primitivo, pero es prácticamente un pueblito».

Alon asintió con la cabeza.

«Es cierto. Con todos los magos y exploradores que frecuentan este lugar, es inevitable que se desarrolle».

«¿No hay monstruos aquí?».



«No es que no los haya, pero los monstruos rara vez aparecen en las zonas donde se instalan los campamentos», explicó Alon, recordando lo que había aprendido en el juego.

Evan se maravilló ante esto, mientras Alon observaba la distribución del campamento.

«Se ve diferente en comparación con las ilustraciones que vi».

Aunque su recuerdo era vago, las ilustraciones de esta zona en daban la impresión de ser un pueblo típico. Sin embargo, al verlo en persona, el campamento parecía más bien un asentamiento extenso y bien organizado, una mezcla entre un campamento gigante y una ciudad.

La mezcolanza de casas de madera y tiendas de campaña, aunque caótica en su disposición, proporcionaba todo lo que uno podía necesitar, desde tiendas hasta posadas.

Mientras Alon estaba absorto en sus pensamientos, admirando el paisaje...

—Marqués, nos vemos mañana —dijo Liyan, preparándose para marcharse.

—De acuerdo.

Al enterarse de que el destino de Liyan también eran las ruinas de Malaca, Alon accedió a acompañar a su grupo al día siguiente.

«Descansemos esta noche», sugirió Alon a sus compañeros.



«Buena idea», asintió Evan.

—Entendido —añadió Deus.

El grupo entró en una posada para descansar durante la noche.

Al día siguiente.

La humedad inherente a la selva había perturbado un poco el sueño de Alon, dejándolo ligeramente inquieto.

«Voy a buscar a Reinhardt. Volveré más tarde».

«De acuerdo. Nos vemos esta noche».

«Entendido».

«¿Recuerdas lo que te dije?».

«Si te refieres a la bendición, sí, lo recuerdo».

«Sí, haz todo lo posible por recibirla antes de continuar. Es mejor contar con la bendición si planeas seguir ese camino».

«Lo tendré en cuenta».



Alon y Deus acordaron separarse temporalmente para cumplir sus respectivos objetivos antes de volver a reunirse.

«Aunque preferiría tenerlo cerca...».

Alon dejó marchar a Deus sin dudarlo, sabiendo que él también tenía sus propias tareas que atender. Mientras Deus no se adentrara en Selvanus ni en ninguna región inexplorada, su seguridad corría poco riesgo.

Poco después, Alon se unió al grupo de Liyan sin Deus.

«¿Deus Macallian no se unirá a nosotros?».

«Como ya he dicho, nuestros objetivos son diferentes».

«Ya veo».

Liyan parecía algo decepcionado mientras continuaban su viaje hacia las ruinas de Malaca.

«Cuanto antes terminemos en esta selva, mejor».

Esos pensamientos llenaban la mente de Alon mientras avanzaban.

Mientras tanto, en ese mismo momento...



En las profundas mazmorras del Reino Sagrado de Rosario, reservadas solo para los criminales más viles, había un lugar conocido como la Prisión Abisal.

Dentro de ese lugar inhóspito...

Un hombre sin piernas, Anderede, estaba vivo.

A pesar del dolor abrasador que irradiaba su cuerpo, su rostro mostraba un destello de esperanza.

«Aún no puedo morir».

La razón por la que seguía vivo —o, más exactamente, la razón por la que había podido poseer el cuerpo de este hombre— era que el prisionero había sido uno de los componentes de la machina que el propio Anderede había creado.

Al implantar raíces similares a las de los árboles en aquellos conectados a su machina, Anderede había logrado transferir su conciencia al cuerpo del prisionero justo cuando su cuerpo original era destruido durante el ataque del marqués.

Aunque su cuerpo había quedado completamente destrozado, lo que le impedía escapar de inmediato, esto formaba parte de su plan de contingencia.

En la Prisión Abisal, donde nadie lo visitaba salvo para entregarle ocasionalmente pan mohoso, esperó el momento oportuno, recuperando lentamente sus fuerzas y apoderándose por completo del cuerpo del prisionero.



Pronto, el rostro del prisionero, cubierto de raíces carmesí, se transformó en el de Anderede.

Sus piernas también comenzaron a regenerarse lentamente.

Mientras confirmaba estas transformaciones, Anderede apretó los dientes, con los ojos encendidos de ambición.

«No dejaré que esto termine así. Me prepararé una vez más... y crearé un mundo en el que todos sean iguales!».

Desaparecieron la sonrisa benévola y la fe que alguna vez tuvo. En su lugar, una obsesión alimentada por la locura le dio una nueva esperanza.

En ese momento...

«... ¿Eh?».

Anderede vio algo.

En la Prisión Abisal, donde nadie debería haber podido entrar debido a sus gruesas puertas de hierro, se encontraba un hombre de cabello negro y penetrantes ojos azules.

El hombre sonrió inocentemente mientras miraba a Anderede.

«Hola».



El alegre saludo dejó a Anderede sin palabras, o más bien, incapaz de responder.

No podía comprender la situación.

Pero tanto si Anderede respondía como si no, el hombre continuó.

«Bueno, para ser sincero, no me importa mucho qué tipo de mundo sueñas o qué intentas hacer. Ni siquiera estoy tan enojado».

La voz ronca del hombre transmitía una inquietante naturalidad cuando añadió:

«Pero, ¿sabes?, ¿meterse con Su Santidad? Ni siquiera yo puedo permitir eso».

Levantando la mano...

¡Clic!

Anderede se dio cuenta, demasiado tarde, de que su cuello se retorcía contra su voluntad.

«¡Espera, no...! ¡No, detente! ¡Detente! ¡Detente, detente, detente, detente, detente!».

Desesperado, se retorció y luchó, pero...

¡Crack!



Su cuello completó dos vueltas completas y la muerte se lo llevó.

«Eso es lo que se obtiene por tentar a la suerte».

El hombre, que había acabado con las delirantes ambiciones de Anderede, se alejó caminando hacia la oscuridad y desapareció sin dejar rastro.

Lo único que quedó fue el cuerpo sin vida de Anderede, con los ojos muy abiertos, incrédulo.